


UNIVERSITY OF WISCONS



LA POLITICA

DE LOS

EDITORES DEL TIEMPO,

ANALIZADA

ANTE LA NACION.

Vale 1 real y medio para la capital, y 2 para los departamentos.

MEXICO.

IMPRENTA DE VICENTE GARCIA TORRES,
Calle del Espíritu Santo, en el convento.

1846.

LA POLITICA

DE LOS

EDITORES DEL TIEMPO,

ANALIZADA

ANTE LA NACION.



MEXICO.

Imprenta de Vicente Garcia Torres, calle del Espíritu Santo núm. 2.

1846.

Libertas et anima nostra in dubio est.
Nuestra libertad, nuestra vida misma,
no son ya mas que cosas dudosas.—**Salustio.**

EL velo con que por tantos años se han cubierto las maquinaciones de los enemigos de la república, se ha corrido, para dejarnos ver las cosas cuales son en sì. El pueblo á quien tiempo hace se le hiciera ver la existencia del partido monarquista como el delirio de cabezas visionarias, como la invencion de una demagogia suspicaz, no puede dudar ya de su realidad, ni de sus proyectos, cuando con audacia esos hombres se le han presentado, haciendo alarde de su profesion de fè, execrando todos los recuerdos de la república, á la que por lograr el poder y adelantar su fin, tantas veces juraron obediencia y protestaron amor. Sean cuales fueren las combinaciones, el poder y los recursos de los monarquistas, nosotros nos felicitamos de que la máscara haya sido arrojada en los momentos en que parecia mas provechoso que nunca. Vale mucho la ventaja de saber con quiènes y por què luchamos.

La completa ruina de las instituciones republicanas, el establecimiento de un trono, el llamamiento de un prìncipe de sangre règia, en una palabra, el cumplimiento del plan de Iguala, es el objeto por el cual se trabaja. Dentro y fuera de nuestro pais se nos predica esta medida como el último recurso de salvacíon que nos queda. En otro tiempo ese grito habria sido ahogado en su orìgen. Los ciudadanos y los funcionarios públicos habrian alzado á un tiempo su voz, para renovar el juramento sagrado de defender el primero de todos los principios que la nacion adoptara; para protestar que el cetro ensangrentado que por breves dias descansó en la mano que habia roto las cadenas que ataban á nuestra patria, no pasaria á la diestra de un estranjero. Lo que hoy sucede está á la vista de todos.

Se cree que el pueblo fatigado de crìmenes, cansado de revueltas, dominado por el egoismo y la corrupcion, ha llegado al punto que se necesita, para aconsejarle, que confesàndose incapaz de gobernarse por sì mismo, vaya á pedir, ó al menos deje que en su nombre pidan, á la Europa un rey que se encargue de gobernarlo; se cree que las cosas han llegado al punto necesario, para dar al mundo esa leccion sin ejemplo. No es este un ensayo atrevido ni un trabajo de

esploracion: no; los que largos años ocultaron cuidadosamente sus proyectos, los esponen á la luz del dia; los que antes se limitaban á intrigas oscuras y misteriosas, trabajan delante de todo el mundo. Sus maquinaciones pueden observarse por todo el que quiera meditar los hechos que están pasando. Todos los dias un periódico cuyas relaciones y apoyo jamas fueron un secreto, encomia á la monarquía con frases pomposas, le busca partidarios con halagüeños ofrecimientos: todos los dias se nos repite que un *príncipe de sangre real europea* es el único remedio que nos queda de ser libres y dichosos en el interior, fuertes y respetados en el esterior: todos los dias se entregan á la burla y al odio los hombres, los principios y los recuerdos de la república. A los veinte números, el periódico borbonista reasume su fè y muestra su carácter, diciendo que "el primero que en Mèxico predicó la democracia, fuè un malvado digno de la execracion del universo, y que cuantos despues han profesado los mismos principios, son sus cómplices."

Estamos por tanto en los tèrminos de la cuestion. Se trata de saber si nos hemos de gobernar ó hemos de ser gobernados; si Mèxico será dueño de su suerte ó pertenecerá á un rey estranjero. Nada de ambigüedad; se trata en efecto de *ser ó no ser*. No disputamos entre la federacion y el centralismo, ni peleamos por esta ó la otra modificacion de los principios republicanos. Cuantos profesan éstos, todos los que no quieren un rèy, están de un lado, frente á frente de los que lo llaman. El problema va á ser resuelto, y el èxito del combate decisivo. Un partido desaparecerá necesariamente de la escena: un credo polìtico quedará muy pronto condenado. ¡Gracias á Dios los tèrminos son esplìcitos, y podemos entendernos sin preámbulos equívocos, sin reticencias pérfidas, sin juramèntos impìos! LA REPÚBLICA Ó LA MONARQUÍA ESTRANJERA.

Pero es necesario entender bien los tèrminos de esta cuestion. No es una discusion acadèmica sobre las formas de gobierno en general. Se contiende sobre la suerte de Mèxico, y es preciso que Mèxico escoja entre esas formas: que las considere en relacion con sus elementos y su situacion, y que prevea las consecuencias del partido que ha de adoptar, ó al que se quiere someterla. No importa saber si la Inglaterra y la Francia con sus monarquìas constitucionales, obra de todos los elementos que los siglos han acumulado, son dignas de admiracion. Es forzoso averiguar si México tiene como ellas el principio monárquico, ó por lo menos si puede formarlo: si es posible la creacion de todos los demas elementos indispensables para su desarrollo; si puede prometerse en fin que con ella se planteará un gobierno, misto, liberal, ordenado, y sobre todo nacional; ó si por el contrario, no puede establecerse sino sobre las ruinas de la libertad, sacrificando todo órden y bienestar, poniendo fin á nuestra existencia polìtica. Este es el problema; este es el campo único en el que debe examinarse tan grave asunto, y bajo este aspecto nos ocuparemos de èl, analizando lo que sobre esto nos dicen los partidarios de la monarquìa. Inútil fuera decir que sostenemos la república, y que la sostenemos con entusiasmo. El anatema

pronunciado nos honra. Invocamos empero solo la razon: procuraremos no descender hasta nuestros enemigos, y así desde luego entraremos á hablar de la simple posibilidad de la innovacion.

Sus partidarios que con tanta arrogancia se han presentado en la palestra, los que tan modestamente nos predican todos los dias su superioridad de ciencia sobre los demas escritores de México, no debian olvidar el origen de las monarquìas, sobre todo, cuando quieren un gobierno *con legitimidad y con tradiciones*. Ellos mismos confiesan que las dinastías no se improvisan. Las monarquìas han nacido en la infancia de las sociedades. Los pueblos de la Europa establecieron sus reyes en la caida del imperio romano. La necesidad de un caudillo para las hordas belicosas que se difundieron por todo el continente, fundò la monarquía bárbara. El elemento religioso consagró el principio hereditario, y la organizacion feudal que la conquista produjo, mantuvo los tronos como un poder conservador que regularizaba los intereses de todos, y gobernaba á las sociedades. La religion predicaba la obediencia á una familia consagrada, y el prestigio de la gloria, los recursos de la dominacion, afianzaban su poder. Estas ideas se trasmitian de padres á hijos por largas generaciones: los hombres nacian y morian viendo todos los recuerdos de orgullo nacional, todos los secretos de la fuerza del pais, todas las esperanzas de la justicia simbolizadas en una familia. Su orìgen se perdia en la noche de los tiempos, y una larga cadena de reyes parecia asegurar su destino. En México esto no puede hacerse. El poder real no ha existido entre nosotros, y no puede tener ese orígen, ni esos recuerdos, ni ese prestigio. El rey que nos mandó fué un rey estranjero: su trono no brilló en nuestro pais, ni su familia ha defendido jamas nuestra nacionalidad. En la historia del mundo no existe una página en la que se vea á los pueblos europeos del nuevo continente, unida su suerte á la de una familia real, estender con ellos sus dominios, defender bajo sus hijos la independencia y el honor de su pais, fundar todas las instituciones civiles y religiosas que constituyen nuestra existencia; y así para nosotros cualquier príncipe europeo es un estranjero, sin gloria, sin tradiciones y sin nacionalidad; un ser sin semejanza alguna con lo que son en Europa sus respectivas familias reales; es menos aun que el último de nuestros ciudadanos, porque no ha nacido bajo el cielo de nuestra patria, ni vivido entre nosotros, ni nos conoce, ni se interesa siquiera en nuestra suerte. Nuestros recuerdos propios son de ayer, porque ayer nacimos; y si la gloria de nuestra nacionalidad no refleja sobre una familia sola, es porque fueron los hijos del pueblo, centenares de plebeyos sin nobleza, pero llenos de valor, los que con su sangre nos dieron la vida que tenemos.

Si la monarquìa era nuestro destino natural, ¿por què pasó desapercibida? Si los mexicanos necesitábamos un rey, ¿por què no dar este honor supremo al creador de nuestra nacionalidad, al hombre sobre cuya frente se reflejaban todas nuestras glorias? Los que dicen que el imperio cayó, porque no tenia *ni cimientos, ni legitimidad, ni el respeto del tiempo, ni de las tradiciones*, ¿no podrian lla-

bernos dicho de la manera que todo esto se improvisa? Los "cimientos" del trono están en los elementos monárquicos, de manera que si faltaron á Iturbide, es porque no los hay, y ningun otro los tendrá. Su "legitimidad" viene solo de la voluntad del pueblo, y para el pueblo nadie tendrá en el porvenir el prestigio de aquel, cuya espada victoriosa rompió nuestras cadenas. Esta gloria sólida, esta gloria que no tendrá ya otra igual, porque no ha quedado por hacer una obra semejante, habria sido la única capaz de poner los cimientos del imperio, en las circunstancias tambien mas propicias para ello, cuando estaban recientes los recuerdos de la dominacion é intactos sus hábitos, cuando se pasaba del estado colonial á un imperio mexicano, antes de que las ideas y los intereses de la república hubiesen educado generaciones enteras. Entonces la monarquía de México se habria parecido en su orígen á otras muchas, y le habrian venido "el respeto del tiempo y de las tradiciones" que en su orígen ninguna institucion nueva puede tener. Las palabras con que se condena la monarquía de Iturbide, en pro de la república serian fuertes, porque ellas atacan la monarquía, no al monarca: pronunciarlas en favor de una monarquía á la que faltaran aun mas que á aquella esas condiciones, es burlarse del sentido comun, es pensar que el vano sonido de frases sin pensamientos puede seducir á los hombres. Lo volvemos á preguntar: si nuestros elementos son monárquicos, si nuestro estado natural es la monarquía, ¿por qué ésta planteáda bajo los mejores auspicios posibles en nuestro pais, desapareció de un soplo?

Pero la circunstancia de ser *estranjero* y de tener *sangre régia*, cualidades que faltaban en efecto al hombre de Iguala, son las que los monarquistas aseguran que traerán la estabilidad, la gloria del trono, ¿por qué? ¡No lo alcanzamos, no lo hemos oido decir! Esa virtud de la sangre real europea, á los ojos de todo ser racional, no es mas que el absurdo mas ridículo, la mas humillante y oprobiosa de todas las bajezas. Las familias reinantes de Europa no gobiernan porque tienen sangre régia: tienen sangre régia, porque los pueblos consintieron en elevarlas al trono, siendo claro que el primer rey no pudo tener ese talisman maravilloso. Tocaba á los borbonistas de México llevar la legitimidad á su mas irrisoria exageracion, sosteniendo que cuando los pueblos del nuevo mundo necesitáran un rey, este no seria legítimo si no iban á pedirlo á las familias reales del antiguo continente. Intensa y profunda debe ser por cierto la idea que de nuestra humillacion y bajeza se han formado los miserables partidarios de un rey estranjero, cuando nos dicen estos conceptos: "Renunciad à la república: ,,olvidad la necia pretension de mandaros por vosotros mismos: desesperad de ,,encontrar entre vuestros ciudadanos uno capaz de estar al frente del pueblo: ,,hincaos de rodillas ante la Europa: pedidle un príncipe, y este hombre que no ,,os conoce, ni os ama, sea imbécil ó corrompido, amante de la libertad ó partidario del retroceso, con tal de que tenga sangre régia, te hará dichoso y feliz: ,,erígele un trono y cédele tus hijos á los suyos: tus nietos á sus descendientes." Jamas se insultó tan infamemente á pueblo alguno de la tierra.

No: los monarquistas de Europa al menos no se burlan tan estúpidamente de nosotros: no nos predican las escelencias de la sangre real, ni quieren persuadirnos que ella suplirá la capacidad, el conocimiento de nuestros intereses, el amor á nuestros destinos. Ellos quieren un príncipe, porque quieren una monarquìa en Mèxico, y un prìncipe europeo, porque creen que se trata de una obra europea. Juzgan que el mundo antiguo debe tomar nuestra tutela, que debe unir nuestra suerte á la suya, y fundar en Mèxico la civilizacion; y como para eso se necesita un agente fiel de la política europea, relacionado con ella por su orìgen, su educacion y su familia, y sostenido y protegido por sus recursos; quieren un prìncipe como el de la Bélgica y la Grecia, escogido y sostenido por ellos; y si en esto, el honor de nuestro pais queda profundamente humillado, no llegamos al menos á presentarnos cubiertos de ridículo, creyendo en las mas miserables patrañas. Mejores son para nosotros los detractores de nuestro pais en el estranjero. Son al menos francos y leales; mientras que nuestros apóstoles de la monarquía son hipócritas y aleves. Sì, ellos conocen bien las condiciones precisas de su proyecto y las niegan. No tienen valor para decirle á la nacion que con el prìncipe estranjero tendrá un ejército estranjero que lo sostenga; ministros estranjeros que lo ayuden á gobernarnos, cortesanos y favoritos estranjeros que le ayuden á disipar en los placeres la fortuna de nuestros hijos; y en resúmen UNA POLITICA ESTRANJERA que nos gobierne. Capaces de pasar por todo esto, y empeñados en llamarlo, no creen que pueda decìrsele al pueblo, y por esto hemos oido de su boca estas palabras que han espuesto al desprecio á los partidarios de la legitimidad, estas palabras que solo traidores ó dementes pudieron escribir. "Locura es creer, dicen, que viniendo á Mèxico *un príncipe* ,,*de sangre real* á establecer una dinastía pudiese apoyarse en estranjeros. Esto ,,podia hacerse hace tres siglos, eso no puede hacerse hoy, y menos en los go- ,,biernos representativos. No queremos un empleo solo, un solo grado mi- ,,litar sino en manos mexicanas: en el ejèrcito, en el pueblo mexicano debe apo- ,,yarse solo lo que pretenda ser estable en nuestro pais."

Locura es creer, dice todo el que no está desprovisto de comun sentido, que viniendo á Mèxico un prìncipe de sangre real europea pudiese venir *solo*, sin fuerza y confiado en la fidelidad y el poder de los que lo llamaban. La proposicion es tan absurda, que si bajo ella se ofrece la monarquía mexicana en Europa al primer individuo de sangre real que quiera aceptarla, no se allanará á venir ni el último allegado de una de esas ramas destronadas que gimen en el destierro llorando los perdidos tronos de que los pueblos los arrojaron sin consideracion á su sangre real. Para que hubiese un príncipe *de sangre real* que se dignara venir á fundar una dinastía, para que hubiese una familia que consintiese en que un individuo de ella viniera á reinar, necesitarian alguna seguridad de que venia á fundar una dinastía, y no á ser el ídolo de un dia, el juguete de los partidos, la víctima de la mas indefectible de todas las revoluciones. Graciosa fuera por cier. to la caricatura del príncipe escogido, presentándose en su reino solo, en medio

de sus amados súbditos. ¿Cómo podria subir al trono? ¿De quién habria de valerse para gobernarnos? ¿A quién fiaria la administracion de las provincias? ¿Con qué recursos, con qué fuerza contaria para mantener el pais tranquilo y su autoridad respetada? ¿Iria á apoyarse en nuestros partidos nacionales teniendo estos por base la república, estando en su inmensa mayoría conformes en el odio á la dominacion de un rey y acostumbrados á luchar para sí? ¿Se apoyaria en nuestras notabilidades revolucionarias, se pondria á la discrecion "*de los que nada han fundado?*" ¿Entregaria las provincias á gobernadores mexicanos naturalmente celosos de su independencia? No, sin duda: para todo esto necesitaria estranjeros: los hombres leales le serian sospechosos: los renegados y los traidores despreciables instrumentos. ¿Se fiaria, por último en un ejército para èl estraño, en un ejèrcito que recordaria á cada paso la sangre derramada para humillar el orgullo estranjero, en un ejército acostumbrado á la sedicion? ¿Vendria de manera que en la primer revuelta, tuviese que hincarse de rodillas ante los generales mexicanos, para que fuesen á defenderlo..........?

No, mil veces no. Los que tal aseguran son ó los mas cándidos y necios de los hombres, ó unos impostores que no se atreven á decir á la nacion todo el ultraje, todo el oprobio que le destinan. Es imposible concebir la venida de un rey estranjero sin el acompañamiento de un ejército estranjero.

¿Y hay un solo mexicano, fuera de los que esperarian recibir del príncipe el premio de sus servicios, uno solo que no se indigne á la amenaza de vernos inundados de estranjeros insolentes, que armados y dominadores, nos harian sufrir todo género de humillaciones? Así fuè Josè Bonaparte á España, y á pesar de que era un pais monárquico, de que estaba regido por uno de sus peores reyes, de que lo precedia la sumision de la Europa, un millon de bayonetas no pudo sostenerlo. Los mexicanos somos hijos de los españoles, y tenemos sobre ellos para una lucha igual las ventajas del terreno y de la distancia, los recuerdos indelebles de veinticinco años de república.

Y no seria esto todo. La monarquía aun en sus formas menos adelantadas, necesita una aristocracia, un cuerpo permanente en que apoyarse. Esta es una verdad no menos incontestable en la ciencia que en la historia; y ella es la que ha hecho repetir *al Tiempo* que quiere una aristocracia, y una aristocracia mexicana, sin embargo de que sobre este punto sus teorías ofrezcan aquella completa ignorancia de los mas trillados principios de la ciencia política, que campea en sus escritos. "Queremos, dicen, que como sucede en todas las monarquías representativas de Europa, no haya otra aristocracia que la del mèrito, de la capacidad, de la instruccion, de la riqueza, de los servicios militares y civiles; que no se pregunte al hombre de qué padres viene, sino què ha hecho, cuanto vale para admitirlo á todos los empleos y los honores." Difícil seria desarrollar los absurdos que estas palabras encierran, y que todo hombre medianamente versado en la historia ó en la política advertirá. Lejos de que en las monarquías representativas de Europa á nadie se pregunte de dónde viene,

la nobleza europea es eminentemente hereditaria, es precisamente esa nobleza de pergaminos que los futuros aristócratas de Mèxico fingen despreciar. Ha nacido con la monarquía: como ella se pierde en el orígen de la barbarie, se organizó bajo el feudalismo, adquirió su gloria en los combates; se conserva por el principio hereditario y el derecho de vinculacion, y se mantiene con el recuerdo de una larga serie de abuelos todos nobles. La aristocracia europea no se compone de todos los hombres de mèrito, de capacidad, de instruccion, de riqueza y de servicios que existen en aquellas sociedades. No: los aristócratas nacen nobles, y porque son nobles son ricos y se consideran llenos de mérito, y entran á la carrera de los servicios militares y civiles. El rey de vez en cuando ennoblece un plebeyo: sus hijos son ya nobles y sus familias se confunden con las del gran cuerpo que la tradicion de los siglos ha formado. En la Inglaterra que es el orígen, el modelo de la monarquía representativa, la nobleza sostiene al trono, y forma la cámara de los pares, cuya dignidad es hereditaria. Ella desapareció con Cárlos I, y volvió á la restauracion. Esa aristocracia del mèrito y de la virtud, si en èste mundo injusto y preocupado, no es una eutopia, es la aristocracia de las repúblicas, si llamarse puede aristocracia la reunion de hombres que no tienen recuerdos comunes, ni intereses de clase, ni espíritu de raza. La aristocracia de las otras monarquías es tambien hereditaria, y con todo, como ella en Francia y en España no tiene todo el poder que en Inglaterra, es allì menos sólida la existencia de la monarquìa. Si los mexicanos con veinticinco años de una república tempestuosa, no podemos creernos propios para ser un pueblo republicano, una existencia de catorce años llena de sangre, de desastres y de revolucion, deberia tambien persuadirnos de que la monarquìa representativa no está consolidada en España. Respecto de Francia, no olvidemos que el primero de sus reyes constitucionales murió en un cadalso; que la república se estableció sobre el trono; que siguió luego el absolutismo militar; que solo las bayonetas de la Europa coligada pudieron libertarla de ese poder; que luego una revolucion arrojó del trono á la raza primogènita; que la crísis de una regencia la amenaza, y que si se ha conservado el trono de Julio, es por la singular habilidad de su jefe. Un rey como Luis Felipe, es raro entre los prìncipes de sangre real, y cuando èl existe su genio suple las instituciones, en vez de probar que ellas sean buenas. Estas no son completas sino cuando por sì resisten á dificultades y desgracias. En Europa no faltan quienes opinen que las instituciones inglesas no se aclimatarán jamas en el continente.

Los recuerdos de nuestra nobleza son de ayer, son recuerdos sin respeto, sin poder, sin gloria. ¿Podrán trasplantarse á Mèxico como por encanto? ¿Tenemos nosotros, medio alguno de hacer existir en nuestro pais esta aristocracia indispensable en las monarquìas? Nuestros condes y marqueses eran plebeyos que compraban con dinero un tìtulo vano, sin privilegios y sin poder político; nuestros padres los conocieron plebeyos y nosotros los hemos visto malgastar sus bienes, confundirse en la oscuridad del vulgo. Seria, pues, necesario fundar




UNIVERSITY OF WISCONSI



LA POLITICA

DE LOS

EDITORES DEL TIEMPO,

ANALIZADA

ANTE LA NACION.

Vale 1 real y medio para la capital, y 2 para los departamentos.

MEXICO.

Imprenta de Vicente Garcia Torres,
Calle del Espíritu Santo, en el convento.

1846.




UNIVERSITY OF WISCONSIN
LIBRARY



LA POLITICA

DE LOS

EDITORES DEL TIEMPO,

ANALIZADA

ANTE LA NACION.

Vale 1 real y medio para la capital, y 2 para los departamentos.

MEXICO.

IMPRENTA DE VICENTE GARCIA TORRES,
Calle del Espíritu Santo, en el convento.

1846.

LA POLITICA

DE LOS

EDITORES DEL TIEMPO,

ANALIZADA

ANTE LA NACION.



MEXICO.

Imprenta de Vicente Garcia Torres, calle del Espíritu Santo núm. 2.

1846.

Libertas et anima nostra in dubio est.
Nuestra libertad, nuestra vida misma,
no son ya mas que cosas dudosas.—**Salustio.**

EL velo con que por tantos años se han cubierto las maquinaciones de los enemigos de la república, se ha corrido, para dejarnos ver las cosas cuales son en sì. El pueblo á quien tiempo hace se le hiciera ver la existencia del partido monarquista como el delirio de cabezas visionarias, como la invencion de una demagogia suspicaz, no puede dudar ya de su realidad, ni de sus proyectos, cuando con audacia esos hombres se le han presentado, haciendo alarde de su profesion de fè, execrando todos los recuerdos de la república, á la que por lograr el poder y adelantar su fin, tantas veces juraron obediencia y protestaron amor. Sean cuales fueren las combinaciones, el poder y los recursos de los monarquistas, nosotros nos felicitamos de que la máscara haya sido arrojada en los momentos en que parecia mas provechoso que nunca. Vale mucho la ventaja de saber con quiènes y por què luchamos.

La completa ruina de las instituciones republicanas, el establecimiento de un trono, el llamamiento de un prìncipe de sangre règia, en una palabra, el cumplimiento del plan de Iguala, es el objeto por el cual se trabaja. Dentro y fuera de nuestro pais se nos predica esta medida como el último recurso de salvacion que nos queda. En otro tiempo ese grito habria sido ahogado en su orìgen. Los ciudadanos y los funcionarios públicos habrian alzado á un tiempo su voz, para renovar el juramento sagrado de defender el primero de todos los principios que la nacion adoptara; para protestar que el cetro ensangrentado que por breves dias descansó en la mano que habia roto las cadenas que ataban á nuestra patria, no pasaria á la diestra de un estranjero. Lo que hoy sucede está á la vista de todos.

Se cree que el pueblo fatigado de crìmenes, cansado de revueltas, dominado por el egoismo y la corrupcion, ha llegado al punto que se necesita, para aconsejarle, que confesàndose incapaz de gobernarse por sì mismo, vaya á pedir, ó al menos deje que en su nombre pidan, á la Europa un rey que se encargue de gobernarlo; se cree que las cosas han llegado al punto necesario, para dar al mundo esa leccion sin ejemplo. No es este un ensayo atrevido ni un trabajo de

esploracion: no; los que largos años ocultaron cuidadosamente sus proyectos, los esponen á la luz del dia; los que antes se limitaban á intrigas oscuras y misteriosas, trabajan delante de todo el mundo. Sus maquinaciones pueden observarse por todo el que quiera meditar los hechos que están pasando. Todos los dias un periódico cuyas relaciones y apoyo jamas fueron un secreto, encomia á la monarquía con frases pomposas, le busca partidarios con halagüeños ofrecimientos: todos los dias se nos repite que un *príncipe de sangre real europea* es el único remedio que nos queda de ser libres y dichosos en el interior, fuertes y respetados en el esterior: todos los dias se entregan á la burla y al odio los hombres, los principios y los recuerdos de la república. A los veinte números, el periódico borbonista reasume su fè y muestra su carácter, diciendo que "el primero que en Mèxico predicó la democracia, fuè un malvado digno de la execracion del universo, y que cuantos despues han profesado los mismos principios, son sus cómplices."

Estamos por tanto en los tèrminos de la cuestion. Se trata de saber si nos hemos de gobernar ó hemos de ser gobernados; si Mèxico será dueño de su suerte ó pertenecerá á un rey estranjero. Nada de ambigüedad; se trata en efecto de *ser ó no ser*. No disputamos entre la federacion y el centralismo, ni peleamos por esta ó la otra modificacion de los principios republicanos. Cuantos profesan éstos, todos los que no quieren un rèy, están de un lado, frente á frente de los que lo llaman. El problema va á ser resuelto, y el èxito del combate decisivo. Un partido desaparecerá necesariamente de la escena: un credo polìtico quedará muy pronto condenado. ¡Gracias á Dios los tèrminos son esplìcitos, y podemos entendernos sin preámbulos equívocos, sin reticencias pérfidas, sin juramentos impìos! LA REPÚBLICA Ó LA MONARQUÍA ESTRANJERA.

Pero es necesario entender bien los tèrminos de esta cuestion. No es una discusion académica sobre las formas de gobierno en general. Se contiende sobre la suerte de Mèxico, y es preciso que Mèxico escoja entre esas formas: que las considere en relacion con sus elementos y su situacion, y que prevea las consecuencias del partido que ha de adoptar, ó al que se quiere someterla. No importa saber si la Inglaterra y la Francia con sus monarquìas constitucionales, obra de todos los elementos que los siglos han acumulado, son dignas de admiracion. Es forzoso averiguar si México tiene como ellas el principio monárquico, ó por lo menos si puede formarlo: si es posible la creacion de todos los demas elementos indispensables para su desarrollo; si puede prometerse en fin que con ella se planteará un gobierno, misto, liberal, ordenado, y sobre todo nacional; ó si por el contrario, no puede establecerse sino sobre las ruinas de la libertad, sacrificando todo órden y bienestar, poniendo fin á nuestra existencia polìtica. Este es el problema; este es el campo único en el que debe examinarse tan grave asunto, y bajo este aspecto nos ocuparemos de èl, analizando lo que sobre esto nos dicen los partidarios de la monarquìa. Inútil fuera decir que sostenemos la república, y que la sostenemos con entusiasmo. El anatema

pronunciado nos honra. Invocamos empero solo la razon: procuraremos no descender hasta nuestros enemigos, y así desde luego entraremos á hablar de la simple posibilidad de la innovacion.

Sus partidarios que con tanta arrogancia se han presentado en la palestra, los que tan modestamente nos predican todos los dias su superioridad de ciencia sobre los demas escritores de Mèxico, no debian olvidar el origen de las monarquìas, sobre todo, cuando quieren un gobierno *con legitimidad y con tradiciones*. Ellos mismos confiesan que las dinastías no se improvisan. Las monarquìas han nacido en la infancia de las sociedades. Los pueblos de la Europa establecieron sus reyes en la caida del imperio romano. La necesidad de un caudillo para las hordas belicosas que se difundieron por todo el continente, fundò la monarquía bárbara. El elemento religioso consagró el principio hereditario, y la organizacion feudal que la conquista produjo, mantuvo los tronos como un poder conservador que regularizaba los intereses de todos, y gobernaba á las sociedades. La religion predicaba la obediencia á una familia consagrada, y el prestigio de la gloria, los recursos de la dominacion, afianzaban su poder. Estas ideas se trasmitian de padres á hijos por largas generaciones: los hombres nacian y morian viendo todos los recuerdos de orgullo nacional, todos los secretos de la fuerza del pais, todas las esperanzas de la justicia simbolizadas en una familia. Su origen se perdia en la noche de los tiempos, y una larga cadena de reyes parecia asegurar su destino. En Mèxico esto no puede hacerse. El poder real no ha existido entre nosotros, y no puede tener ese orígen, ni esos recuerdos, ni ese prestigio. El rey que nos mandó fué un rey estranjero: su trono no brillò en nuestro pais, ni su familia ha defendido jamas nuestra nacionalidad. En la historia del mundo no existe una página en la que se vea á los pueblos europeos del nuevo continente, unida su suerte á la de una familia real, estender con ellos sus dominios, defender bajo sus hijos la independencia y el honor de su pais, fundar todas las instituciones civiles y religiosas que constituyen nuestra existencia; y así para nosotros cualquier príncipe europeo es un estranjero, sin gloria, sin tradiciones y sin nacionalidad; un ser sin semejanza alguna con lo que son en Europa sus respectivas familias reales; es menos aun que el último de nuestros ciudadanos, porque no ha nacido bajo el cielo de nuestra patria, ni vivido entre nosotros, ni nos conoce, ni se interesa siquiera en nuestra suerte. Nuestros recuerdos propios son de ayer, porque ayer nacimos; y si la gloria de nuestra nacionalidad no refleja sobre una familia sola, es porque fueron los hijos del pueblo, centenares de plebeyos sin nobleza, pero llenos de valor, los que con su sangre nos dieron la vida que tenemos.

Si la monarquìa era nuestro destino natural, ¿por què pasó desapercibida? Si los mexicanos necesitábamos un rey, ¿por què no dar este honor supremo al creador de nuestra nacionalidad, al hombre sobre cuya frente se reflejaban todas nuestras glorias? Los que dicen que el imperio cayó, porque no tenia *ni cimientos, ni legitimidad, ni el respeto del tiempo, ni de las tradiciones*, ¿no podrian ha-

bernos dicho de la manera que todo esto se improvisa? Los "cimientos" del trono están en los elementos monárquicos, de manera que si faltaron á Iturbide, es porque no los hay, y ningun otro los tendrá. Su "legitimidad" viene solo de la voluntad del pueblo, y para el pueblo nadie tendrá en el porvenir el prestigio de aquel, cuya espada victoriosa rompió nuestras cadenas. Esta gloria sólida, esta gloria que no tendrá ya otra igual, porque no ha quedado por hacer una obra semejante, habria sido la única capaz de poner los cimientos del imperio, en las circunstancias tambien mas propicias para ello, cuando estaban recientes los recuerdos de la dominacion é intactos sus hábitos, cuando se pasaba del estado colonial á un imperio mexicano, antes de que las ideas y los intereses de la república hubiesen educado generaciones enteras. Entonces la monarquía de México se habria parecido en su orígen á otras muchas, y le habrian venido "el respeto del tiempo y de las tradiciones" que en su orígen ninguna institucion nueva puede tener. Las palabras con que se condena la monarquía de Iturbide, en pro de la república serian fuertes, porque ellas atacan la monarquía, no al monarca: pronunciarlas en favor de una monarquía á la que faltaran aun mas que á aquella esas condiciones, es burlarse del sentido comun, es pensar que el vano sonido de frases sin pensamientos puede seducir á los hombres. Lo volvemos á preguntar: si nuestros elementos son monárquicos, si nuestro estado natural es la monarquía, ¿por qué ésta planteáda bajo los mejores auspicios posibles en nuestro pais, desapareció de un soplo?

Pero la circunstancia de ser *estranjero* y de tener *sangre régia*, cualidades que faltaban en efecto al hombre de Iguala, son las que los monarquistas aseguran que traerán la estabilidad, la gloria del trono, ¿por qué? ¡No lo alcanzamos, no lo hemos oido decir! Esa virtud de la sangre real europea, á los ojos de todo ser racional, no es mas que el absurdo mas ridículo, la mas humillante y oprobiosa de todas las bajezas. Las familias reinantes de Europa no gobiernan porque tienen sangre régia: tienen sangre régia, porque los pueblos consintieron en elevarlas al trono, siendo claro que el primer rey no pudo tener ese talisman maravilloso. Tocaba á los borbonistas de México llevar la legitimidad á su mas irrisoria exageracion, sosteniendo que cuando los pueblos del nuevo mundo necesitaran un rey, este no seria legítimo si no iban á pedirlo á las familias reales del antiguo continente. Intensa y profunda debe ser por cierto la idea que de nuestra humillacion y bajeza se han formado los miserables partidarios de un rey estranjero, cuando nos dicen estos conceptos: "Renunciad à la república: ,,olvidad la necia pretension de mandaros por vosotros mismos: desesperad de ,,encontrar entre vuestros ciudadanos uno capaz de estar al frente del pueblo: ,,hincaos de rodillas ante la Europa: pedidle un príncipe, y este hombre que no ,,os conoce, ni os ama, sea imbécil ó corrompido, amante de la libertad ó partidario del retroceso, con tal de que tenga sangre régia, te hará dichoso y feliz: ,,erígele un trono y cédele tus hijos á los suyos: tus nietos á sus descendientes." Jamas se insultó tan infamemente á pueblo alguno de la tierra.

No: los monarquistas de Europa al menos no se burlan tan estúpidamente de nosotros: no nos predican las escelencias de la sangre real, ni quieren persuadirnos que ella suplirá la capacidad, el conocimiento de nuestros intereses, el amor á nuestros destinos. Ellos quieren un príncipe, porque quieren una monarquìa en Mèxico, y un prìncipe europeo, porque creen que se trata de una obra europea. Juzgan que el mundo antiguo debe tomar nuestra tutela, que debe unir nuestra suerte á la suya, y fundar en Mèxico la civilizacion; y como para eso se necesita un agente fiel de la política europea, relacionado con ella por su orìgen, su educacion y su familia, y sostenido y protegido por sus recursos; quieren un prìncipe como el de la Bélgica y la Grecia, escogido y sostenido por ellos; y si en esto, el honor de nuestro pais queda profundamente humillado, no llegamos al menos á presentarnos cubiertos de ridículo, creyendo en las mas miserables patrañas. Mejores son para nosotros los detractores de nuestro pais en el estranjero. Son al menos francos y leales; mientras que nuestros apóstoles de la monarquía son hipócritas y aleves. Sì, ellos conocen bien las condiciones precisas de su proyecto y las niegan. No tienen valor para decirle á la nacion que con el prìncipe estranjero tendrá un ejército estranjero que lo sostenga; ministros estranjeros que lo ayuden á gobernarnos, cortesanos y favoritos estranjeros que le ayuden á disipar en los placeres la fortuna de nuestros hijos; y en resúmen UNA POLITICA ESTRANJERA que nos gobierne. Capaces de pasar por todo esto, y empeñados en llamarlo, no creen que pueda decìrsele al pueblo, y por esto hemos oido de su boca estas palabras que han espuesto al desprecio á los partidarios de la legitimidad, estas palabras que solo traidores ó dementes pudieron escribir. "Locura es creer, dicen, que viniendo á Mèxico *un príncipe* ,,*de sangre real* á establecer una dinastía pudiese apoyarse en estranjeros. Esto ,,podia hacerse hace tres siglos, eso no puede hacerse hoy, y menos en los go- ,,biernos representativos. No queremos un empleo solo, un solo grado mi- ,,litar sino en manos mexicanas: en el ejèrcito, en el pueblo mexicano debe apo- ,,yarse solo lo que pretenda ser estable en nuestro pais."

Locura es creer, dice todo el que no está desprovisto de comun sentido, que viniendo á Mèxico un prìncipe de sangre real europea pudiese venir *solo*, sin fuerza y confiado en la fidelidad y el poder de los que lo llamaban. La proposicion es tan absurda, que si bajo ella se ofrece la monarquía mexicana en Europa al primer individuo de sangre real que quiera aceptarla, no se allanará á venir ni el último allegado de una de esas ramas destronadas que gimen en el destierro llorando los perdidos tronos de que los pueblos los arrojaron sin consideracion á su sangre real. Para que hubiese un príncipe *de sangre real* que se dignara venir á fundar una dinastía, para que hubiese una familia que consintiese en que un individuo de ella viniera á reinar, necesitarian alguna seguridad de que venia á fundar una dinastía, y no á ser el ídolo de un dia, el juguete de los partidos, la víctima de la mas indefectible de todas las revoluciones. Graciosa fuera por cier. to la caricatura del príncipe escogido, presentándose en su reino solo, en medio

de sus amados súbditos. ¿Cómo podria subir al trono? ¿De quién habria de valerse para gobernarnos? ¿A quién fiaria la administracion de las provincias? ¿Con què recursos, con qué fuerza contaria para mantener el pais tranquilo y su autoridad respetada? ¿Iria á apoyarse en nuestros partidos nacionales teniendo estos por base la república, estando en su inmensa mayoría conformes en el odio á la dominacion de un rey y acostumbrados á luchar para sí? ¿Se apoyaria en nuestras notabilidades revolucionarias, se pondria á la discrecion "*de los que nada han fundado?*" ¿Entregaria las provincias á gobernadores mexicanos naturalmente celosos de su independencia? No, sin duda: para todo esto necesitaria estranjeros: los hombres leales le serian sospechosos: los renegados y los traidores despreciables instrumentos. ¿Se fiaria, por último en un ejército para èl estraño, en un ejèrcito que recordaria á cada paso la sangre derramada para humillar el orgullo estranjero, en un ejèrcito acostumbrado á la sedicion? ¿Vendria de manera que en la primer revuelta, tuviese que hincarse de rodillas ante los generales mexicanos, para que fuesen á defenderlo..........?

No, mil veces no. Los que tal aseguran son ó los mas cándidos y necios de los hombres, ó unos impostores que no se atreven á decir á la nacion todo el ultraje, todo el oprobio que le destinan. Es imposible concebir la venida de un rey estranjero sin el acompañamiento de un ejército estranjero.

¿Y hay un solo mexicano, fuera de los que esperarian recibir del príncipe el premio de sus servicios, uno solo que no se indigne á la amenaza de vernos inundados de estranjeros insolentes, que armados y dominadores, nos harian sufrir todo género de humillaciones? Así fuè Josè Bonaparte á España, y á pesar de que era un pais monárquico, de que estaba regido por uno de sus peores reyes, de que lo precedia la sumision de la Europa, un millon de bayonetas no pudo sostenerlo. Los mexicanos somos hijos de los españoles, y tenemos sobre ellos para una lucha igual las ventajas del terreno y de la distancia, los recuerdos indelebles de veinticinco años de república.

Y no seria esto todo. La monarquía aun en sus formas menos adelantadas, necesita una aristocracia, un cuerpo permanente en que apoyarse. Esta es una verdad no menos incontestable en la ciencia que en la historia; y ella es la que ha hecho repetir *al Tiempo* que quiere una aristocracia, y una aristocracia mexicana, sin embargo de que sobre este punto sus teorías ofrezcan aquella completa ignorancia de los mas trillados principios de la ciencia política, que campea en sus escritos. "Queremos, dicen, que como sucede en todas las monarquías representativas de Europa, no haya otra aristocracia que la del mèrito, de la capacidad, de la instruccion, de la riqueza, de los servicios militares y civiles; que no se pregunte al hombre de qué padres viene, sino què ha hecho, cuanto vale para admitirlo á todos los empleos y los honores." Difícil seria desarrollar los absurdos que estas palabras encierran, y que todo hombre medianamente versado en la historia ó en la política advertirá. Lejos de que en las monarquías representativas de Europa á nadie se pregunte de dónde viene,

la nobleza europea es eminentemente hereditaria, es precisamente esa nobleza de pergaminos que los futuros aristócratas de Mèxico fingen despreciar. Ha nacido con la monarquía: como ella se pierde en el orígen de la barbarie, se organizó bajo el feudalismo, adquirió su gloria en los combates; se conserva por el principio hereditario y el derecho de vinculacion, y se mantiene con el recuerdo de una larga serie de abuelos todos nobles. La aristocracia europea no se compone de todos los hombres de mèrito, de capacidad, de instruccion, de riqueza y de servicios que existen en aquellas sociedades. No: los aristócratas nacen nobles, y porque son nobles son ricos y se consideran llenos de mérito, y entran á la carrera de los servicios militares y civiles. El rey de vez en cuando ennoblece un plebeyo: sus hijos son ya nobles y sus familias se confunden con las del gran cuerpo que la tradicion de los siglos ha formado. En la Inglaterra que es el orígen, el modelo de la monarquía representativa, la nobleza sostiene al trono, y forma la cámara de los pares, cuya dignidad es hereditaria. Ella desapareció con Cárlos I, y volvió á la restauracion. Esa aristocracia del mèrito y de la virtud, si en èste mundo injusto y preocupado, no es una eutopia, es la aristocracia de las repúblicas, si llamarse puede aristocracia la reunion de hombres que no tienen recuerdos comunes, ni intereses de clase, ni espíritu de raza. La aristocracia de las otras monarquías es tambien hereditaria, y con todo, como ella en Francia y en España no tiene todo el poder que en Inglaterra, es allì menos sólida la existencia de la monarquìa. Si los mexicanos con veinticinco años de una república tempestuosa, no podemos creernos propios para ser un pueblo republicano, una existencia de catorce años llena de sangre, de desastres y de revolucion, deberia tambien persuadirnos de que la monarquìa representativa no está consolidada en España. Respecto de Francia, no olvidemos que el primero de sus reyes constitucionales murió en un cadalso; que la república se estableció sobre el trono; que siguió luego el absolutismo militar; que solo las bayonetas de la Europa coligada pudieron libertarla de ese poder; que luego una revolucion arrojó del trono á la raza primogènita; que la crísis de una regencia la amenaza, y que si se ha conservado el trono de Julio, es por la singular habilidad de su jefe. Un rey como Luis Felipe, es raro entre los prìncipes de sangre real, y cuando èl existe su genio suple las instituciones, en vez de probar que ellas sean buenas. Estas no son completas sino cuando por sì resisten á dificultades y desgracias. En Europa no faltan quienes opinen que las instituciones inglesas no se aclimatarán jamas en el continente.

Los recuerdos de nuestra nobleza son de ayer, son recuerdos sin respeto, sin poder, sin gloria. ¿Podrán trasplantarse á Mèxico como por encanto? ¿Tenemos nosotros, medio alguno de hacer existir en nuestro pais esta aristocracia indispensable en las monarquìas? Nuestros condes y marqueses eran plebeyos que compraban con dinero un tìtulo vano, sin privilegios y sin poder político; nuestros padres los conocieron plebeyos y nosotros los hemos visto malgastar sus bienes, confundirse en la oscuridad del vulgo. Seria, pues, necesario fundar

una aristocracia y no se encuentra de dónde sacarla. ¿De la propiedad raiz? No, porque la aristocracia de la propiedad raiz, es una aristocracia que tiene sus bienes vinculados, que ha gozado derechos feudales ó de señorìo sobre los habitantes de los terrenos, que ha ejercido en ella un influjo polìtico. Una propiedad raiz libre, grabada con una deuda enorme, y poseida en porciones de poco valor, no puede constituir una aristocracia: es para ello muy numerosa y á la vez poco fuerte. Le faltan ademas todos los recuerdos y las tradiciones de la nobleza, á tal punto que ella misma se burlaria la primera de su elevacion monesca, de su llamamiento á las gradas del trono. La nobleza de Inglaterra posee casi toda la propiedad raiz, y es la mas antigua, rica è ilustrada del mundo. ¿Acaso la nuestra se fundaria en la propiedad moviliaria? Menos todavia, porque tal propiedad, entre nosotros en su mayor parte estranjera, esta propiedad que se eleva y decae en un momento, pugna por su carácter transitorio con la estabilidad de la aristocracia: por sus hábitos, sus recuerdos y sus intereses nada tiene que ver con los intereses de un trono. Esta aristocracia ni ha existido jamas, ni puede concebirse. Volvamos á decirlo: la propiedad no es la aristocracia: y si lo fuera, ¿todos los pueblos del mundo no serian monárquicos? y ¿los Estados-Unidos no fueran la primer monarquía de América? Los servicios civiles, y el talento tampoco pueden constituir una aristocracia: nada hay tan individual é independiente como el talento: nada mas desprovisto de genealogías y tìtulos. Las asociaciones literarias que no pueden tener ni aun espíritu de cuerpo, ¿cómo formarian una aristocracia? ¿Y podria Mèxico tener la aristocracia del talento? El ejército, por último, tampoco podria formar la aristocracia; la aristocracia militar solo puede fundarse en las conquistas, cuando cada jefe combate con su tribu ó su nacion y adquiere despues la propiedad y el poder: una nacion que no puede conquistar; una nacion que no tiene mas que guerras civiles, un ejèrcito unitario y en el que cada gefe mande los soldados de una misma nacion, no puede formar una aristocracia, no puede suplir la nobleza. Cuando Napoleon con tanta gloria y tantos elementos, no pudo contrahacer una aristocracia, por Dios que no queramos nosotros llevarla á cabo. Esta seria la última y mas ridícula de nuestras parodias. Desengañaos los que soñais en la nobleza: el dia que existiera alguna, el pueblo la cubriria de ridìculo, de odio, de profundo y merecido desprecio. Cada conde *ad honorem*, cada marques *in partibus infidelium*, cada baron *improvisado* seria visto como un insensato: su orígen, su mèrito y sus pretensiones estarian bajo el esclusivo è inexorable dominio del sarcasmo y la caricatura, y un poder que se aborrece y se desprecia no manda jamas. En Mèxico todos èramos iguales porque todos éramos dominados; porque ninguno partia el poder con la metrópoli. En Mèxico la democracia ha sido una verdad.

Así, cuando se nos dice que tendremos una aristocracia, ,,pero no la antigua ,,aristocracia de nacimiento y pergaminos, sino la aristocracia del mèrito, de los ,,talentos, de la propiedad, de la riqueza, de la instruccion, de los servicios he-

,,chos á la patria en todas las carreras,'' se nos dice una paradoja comparable solo con la venida del rey sin un soldado. No ya para la monarquía representativa, para una monarquía semejante á las que existieron en Europa en la edad media y á las que hoy existen en algunos estados absolutos, para toda monarquía nacional el rey necesita una clase poderosa que le reconozca por su primer individuo, una clase con privilegios antiguos, con recuerdos gloriosos, con un fuerte espíritu de cuerpo, con verdadero poder, íntimamente unida al trono, mediadora entre su poder y el pueblo, y esto no puede ni importarse ni improvisarse. El pueblo que no la tiene ha de pasarse sin ella; y no teniéndola nosotros, ¿què clase de monarquía regularizada podriamos tener? ninguna. En el órden de lo posible, en México no podria haber un rey estranjero, sino bajo una forma entera y puramente militar, con un ejército estranjero, ocùpando todo el pais, y administrando las provincias militarmente. Està es una verdad inconcusa, y pòr eso todos los periódicos estranjeros hablan de mandar à Mèxico una fuerza capaz de someternos; lo que en tèrminos claros equivale á reconquistarnos; y por esto decimos, que à falta de elementos y de nacionalidad, la monarquía no puede existir entre nosotros sino por la fuerza. La independencia de Mèxico morirá con las instituciones republicanas. Por cualquier lado que la cuestion se examine, vamos á parar en lo mismo.

Ni cómo, aun prescindiendo de estas y otras gravísimas consideraciones, ¿podriamos pensar que Mèxico entrara en la carrera de la civilizacion, ingertando en su libertad naciente el espíritu monárquico, la influencia de una monarquía europea? La idea de que asì nos igualariamos con las naciones mas adelantadas de Europa en materia de libertad política y civil, es un error muy grosero, para que pueda persuadírsenos de èl. Nosotros conocemos demasiado á los monarquistas de México para asegurar, que si trabajan por la monarquìa, es en odio y no en provecho de la libertad. La existencia de la libertad política en las monarquías, no es la consecuencia del principio monárquico. Al contrario; todavía existen multitud de monarquías absolutas, y todas lo hàn sido por muchos años. Elevado un hombre á tanta altura, nada es mas natural que su esfuerzo para dominarlo todo: en su situacion las resistencias irritan, la reparticion del poder le parece un ultraje. Su orgullo solo puede satisfacerse con el absolutismo. Los reyes se han creido superiores á los demas hombres, han apelado al derecho divino, como á un título de legitimidad; y apoyados en aduladores y sofistas, han establecido que los pueblos les pertenecian en pleno dominio. Solo las revoluciones y los desastres los han sujetado. Las monarquías representativas no derivan su libertad de la existencia, sino de la humillacion del trono: la libertad de las monarquías representativas, se debe á los triunfos de la democracia sobre los nobles y los reyes. En Francia y en Inglàterra, llegó un dia, en que la plebe ruda, ignorante y despreciada por tantos siglos, se acordó de que su sufrimiento constituia el poder de los opresores: se levantó para no dejarse mandar mas por los príncipes de sangre real, ni por la aristocracia, y su

movimiento causó un trastorno espantoso. Despues de la caida del trono, de la espulsion de la nobleza, del suplicio de los reyes, despues de catástrofes sangrientas, los vencidos y los vencedores pudieron avenirse, admitiendo el elemento democrático hasta entonces escluido. El rey limitó su poder, la nobleza reconoció los derechos del pueblo, y éste entró para asegurarse de que nada se haria contra su voluntad, para adquirir dia á dia mayor ensanche. Esta es la monarquìa representativa; asì se ha establecido en su última forma: esa ha sido su marcha. ¿Puede seguir Mèxico la misma? ¿Puede suplir el poder y el influjo de hechos que no han sucedido, de intereses que no se han creado? Bien singular es por cierto, que los que tan sentidamente gimen por la ensayada imitacion de los Estados-Unidos del Norte, quieran obligarnos á la servil copia de las instituciones de las monarquìas, sin pensar en que tampoco tenemos relacion alguna con ellas. Las instituciones republicanas son mucho mas fáciles, no que el despotismo puro, porque este es el mas cómodo y sencillo de todos los sistemas, pero sì y con mucho que las monarquìas representativas, complicada obra de los siglos, difìcil arreglo de transaccion de lo pasado con lo presente, forma transitoria de un movimiento formidable, institucion, en fin, profundamente enlazada con todas las partes del cuerpo social, eminentemente nacional y constituida mas bien por las creencias, las tradiciones y los intereses que por los artìculos de una carta. Sin una familia real enlazada por toda nuestra pasada vida, sin una aristocracia combinada con nuestros intereses, sin un pueblo que recuerde en el uno ó el otro de estos poderes el orígen de su libertad; en una palabra, sin todos sus elementos y sus hábitos, ¿cómo componer esa máquina? ¿Cómo sobre todo, librarnos del impulso democrático de nuestros dias, y contener con poderes quiméricos aquel movimiento, ante el que cede la realidad misma? Verdaderamente atrasados y ciegos estàn los que juzgan que el espíritu republicano se halla vencido, que ha dejado de existir en Europa.

La democracia conquista al mundo y bambolea los troncos afianzados por los siglos. Un hombre cèlebre que aun vive entre nosotros y que citamos de preferencia como al mas apasionado è inteligente defensor de la monarquìa, en el centro de las revoluciones europeas juzgaba de muy diversa manera que los editores del Tiempo. „Nosotros, dice el vizconde de Chateubriand, al hablar de la inva„sion francesa de España en 1823, no pensábamos preservar definitivamente á „la monarquìa del golpe de los siglos: el universo cambia, los princìpios nuevos „destruyen gradualmente los antiguos: *la democracia tiende á sustituir la aris„tocracia* y la *monarquía*. Es necesario guardarse de tomar estas ideas revolu„cionarias del tiempo, por las ideas revolucionarias de los hombres." Nada seria mas fácil que acumular unas sobre otras multitud de citas. El movimiento democrático de la Europa ha sido demasiado rápido en su marcha y notable en sus consecuencias para que no llamase la atencion. Un espacio inmenso separa ya la sociedad de hoy, de la de hace un siglo. Todas las ruinas llevan el sello de la aristocracia y de la monarquìa: la democracia se ostenta vencedora, in-

quieta, y sin cesar luchando por nuevas ventajas. Los que pintan el principio republicano extinguido en Europa, tienen la capacidad singular de ver los objetos al revés. Los hombres instruidos de aquella parte del mundo se burlarian de sus aserciones. Que se lea la historia de estos últimos tiempos; que se siga aunque sea en un Diario la marcha de los negocios y se verá que todas las innovaciones que se han hecho, que todas las que se debaten, son en ganancia del pueblo, en pérdida de la monarquìa y de la aristocracia. En una palabra, el movimiento social de Europa, todos sus progresos se dirigen á un fin, á disminuir el poder del régimen antiguo, á la emancipacion del pueblo. ¡Y á nosotros se nos propone que para imitar á la Europa tomemos un camino contrario, que criemos los obstáculos con que ella lucha, que sufoquemos el movimiento què ella desarrolla! En verdad que semejantes desvarios escusarian la refutacion.

Empero el secreto de tal contradiccion ya está señalado. Los borbonistas de Mèxico se fingen admiradores de las monarquìas representativas de Europa; y si en efecto, como quieren persuadirnos, la monarquìa hubiese de venir á nuestro pais tal como existe en Francia y en Inglaterra, para consolidar las libertades públicas, con su sistema representativo, su division de poderes, sus elecciones animadas, su pueblo armado, su ejército profundamente sumiso á la autoridad civil, sus juicios por jurados, su fuero único para todos los ciudadanos, su imprenta libre y su tolerancia religiosa, no habria mayores enemigos de la monarquía que sus actuales partidarios. Lo que ellos buscan en la monarquìa es el poder absoluto y los privilegios. Ellos saben muy bien que las conquistas liberales que la república no ha hecho, se retardarian por muchos años con el establecimiento de un monarca estranjero y por eso lo piden, por eso conspiran para traerlo. Lo que ellos admiran no son esas revoluciones democráticas què venciendo al trono lo obligaron á dejar el poder absoluto, para contentarse con las formas de la monarquìa representativa; sino las revoluciones por las que destruidas las repúblicas se ha levantado sobre ellas un poder tiránico. El feliz Augusto es el objeto de su culto, el gran modelo que proponen; y si Napoleon despues de haber enfrenado la revolucion hubiera llamado el gobierno *legítimo* de un prìncipe de *sangre real*, les pareceria el mejor de los plebeyos. Por aquellas contradicciones groseras en que abunda el periódico monarquista, èl que habla de una monarquìa representativa y que dice querer cámaras electivas, se estasìa contemplando la reunion que Augusto hizo en su persona del poder ejecutivo y el legislativo, como la mejor inspiracion que pudiera haber tenido, y lamenta con dolorido acento que no se haya tenido presente al establecer el actual gobierno. Todas sus palabras denotan sus creencias: es el irreconciliable enemigo de todas las innovaciones liberales, de todas las reformas democráticas que se han ensayado, y á las que diariamente reprocha nuestras desgracias. Y aun cuando no lo dijeran sus palabras, en veinticinco años de incesante lucha, bien los conocemos: los enemigos de la guardia nacional, de la

libertad de imprenta y del juicio por jurados, los inventores de los tribunales militares, los que proscriben el elemento democrático, los implacables enemigos de toda idea liberal, los defensores acérrimos de todos los principios y los hechos de oscurantismo y de opresion, los corruptores de la moral pública y del órden social, los verdugos de Iturbide, de Guerrero y de tantos otros defensores de la independencia, no quieren *un trono y un borbon*, sino para hacernos retroceder al punto de partida, para herir de muerte todas esas tendencias liberales y republicanas con que han luchado hace treinta y cinco años. Solo así se concibe que pidan *el cumplimiento de todas las promesas de Iguala*, cuando de ellas se sigue por una deduccion irresistiblemente lógica, el llamamiento del príncipe de sangre real mas servil y atrasado que hay en Europa, del pretendiente D. Cárlos (*), para quien las monarquías representativas son una impiedad: el derecho de los reyes absoluto y divino; el único gobierno posible el de la inquisicion... La pluma se detiene: el corazon se indigna de tanta infamia.

Si se juzga que á tal punto hemos llegado, bien, que se nos sujete; que se nos entregue atados de piés y manos al que todavia hoy cree en Bourges que somos sus amados y rebeldes súbditos, ó á cualquier otro príncipe como el educado bajo el absolutismo, nutrido con el odio al sistema representativo y á las ideas liberales que en Europa turban su sueño. La única buena razon, la sola suficiente es la fuerza, y si se tiene, que al menos no recurran á la superchería y al engaño: el valor civil de que se jactan haber necesitado para declararse monarquistas deben emplearlo en ahorrarse la humillante bajeza de incensar las instituciones liberales que detestan: que nos digan de una vez lo que quieren y acepten sus consecuencias. Pero que no se crea al menos que sorprendida ó sojuzgada la nacion, traido el monarca è introducido el necesario ejército estranjero, en cambio de la libertad perdida, se tendrá al menos la tranquila paz de la servidumbre.

Es un error creer que una sociedad profundamente agitada, donde lo pasado lucha con lo presente, donde no puede ni contenerse el impulso de las nuevas ideas, ni acelerar el progreso de las costumbres, de manera que en un momento se pongan al nivel de ellas, donde, en fin, los elementos sociales se agitan para tomar su forma, el movimiento podrá contenerse con un trono. La generacion vigorosa que hoy existe, la mayoría de los mexicanos ha nacido durante la revolucion; es estraña á ese pasado que quiere pintarse con tanta magnificencia; el odio á los opresores penetró en los primeros dias de su infancia y las ilusiones de la libertad y la república, arrullaron su cuna. Estos hombres no se resignarán humildes al yugo. El ejército hasta ahora árbitro de la suerte

[*] El artículo 3.° de los tratados de Córdoba dice así: „*Será llamado á REINAR EN EL IMPERIO mejicano* (previo el *juramento que designa el artículo 4.° del plan*), *en primer lugar el Sr. D. Fernando 7.°, rey católico de España; y por su renuncia ó no admision, su hermano EL SERENÍSIMO SR. INFANTE D. CARLOS;* por su renuncia ó no *admision, el serenísimo Sr. Infante D. Francisco de Paula; por su renuncia ó no admision, el serenísimo Sr. D. Cárlos Luis, antes heredero de Etruria, hoy de Luca, y por renuncia ó no admision de éste, el que las Córtes del imperio asignaren.*"

de la pàtria; por su patriotismo, por su orgullo y su interes, resistirá un órden de cosas que lo reducirá primero á la humilde condicion de cohorte de un rey estranjero; que pondria á su lado inmediatamente otro ejèrcito mas fuerte y numeroso que èl, y que acabaria por disolverlo como demasiado costoso y muy poco seguro. La guerra comenzada en 810 estallaria en cien lugares: los departamentos fronterizos se agregarian á la república vecina: los mexicanos no serian menos que los árabes del Africa todavia no sometidos: como ellos lucharian dia y noche; y si á pocas leguas de Europa ochenta mil franceses no han bastado para conservar la paz en un pueblo bárbaro, ¿cuántos soldados estranjeros se necesitarán para mantener á Mèxico sometido y tranquilo? La monarquìa llamada por la traicion, solo se estableceria por la violencia, solo se conservaría por el terror. El pueblo seria estraño al trono. y de todas maneras vendria á ser cierto que México no habia cambiado su constitucion, sino pasado al yugo estranjero. Solo esta causa bastaria para empeorar la situacion del pais, para encender una interminable guerra civil, para hacerlo que sucumbiera bajo el desórden. Los ejemplos de la Bélgica y de la Grecia nada prueban. La Bélgica habia estado sometida al poder monárquico por largos siglos, formó parte de la España y despues fuè un departamento frances; á la caida del imperio, la Santa Alianza desmembrando la Francia, formò de la Bèlgica y de la Holanda un reino. Los belgas, mandados por un *príncipe de sangre real*, continuaron inquietos y agitados: en 1830 proclamaron su independencia, y la Europa consintió en ella, nombrándoles un rey: para ellos la monarquía ha sido su independencia: su destino está arreglado por el equilibrio continental. La Grecia era un pais pobre, pequeño y despoblado: era la reunion de quinientos mil cristianos sometidos al despotismo turco, bajo un príncipe de sangre real que los trataba sin piedad: se alzaron contra la dependencia, y la Europa les nombró un rey: un niño de sangre real que los gobernó por un regente, hasta que llegó á los veinte años; y ¿què ha adelantado la Grecia? Con la monarquìa las revoluciones la han devorado: el desórden lo ha destruido todo: los bandidos infestan los caminos y las calles de la capital: no hay ni órden ni progreso: la hacienda en bancarota aumenta cada dia su deuda: los ministerios suben y caen revolucionariamente, y para colmo de oprobio, los infelices helenos no luchan por sus querellas: la patria de Leonidas está dividida entre el partido frances y el partido ruso. ¡Mèxico! esta es la suerte que los traidores te preparan!

Pintar la monarquìa como el remedio de las agitaciones civiles, es insultar á la razon y á la historia. Mientras el poder es mas alto, mas se codicia. Las revoluciones en que se ha peleado la presidencia, hubieran dispuesto del trono, siendo por esto mas sangrientas. En esa hermosa monarquía que fundó Augusto, los Cèsares eran elevados por los pretorianos corrompidos con las dádivas de los ambiciosos: una muerte trágica terminó los dias de la mayor parte de los emperadores, y la herencia de la república pasaba así de Cèsar en Cèsar al capricho de las guardias indisciplinadas y sanguinarias, hasta que la monarquía pereció despues de haber escandalizado al mundo con sus crímenes y sus vicios. La monarquía hereditaria está sujeta á las revoluciones consiguientes al cambio de dinastía, y las cuestiones de legitimidad han ensangrentado la Europa. Testigo la España de nuestros dias. Las regencias presentan peligros tremendos á que no están sujetas las repúblicas, y no porque se reconozca por todos los partidos la autoridad de un rey, dejan de ensangrentar á las monarquìas las cuestiones políticas. Testigo tambien la España de nuestros dias, y esa pobre Grecia desgarrada por partidos estranjeros. ¡Ah! si las maquinaciones de los monarquistas llegan á realizarse, la guerra civil no dejará de agitar á la nacion; y en medio de

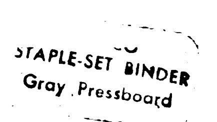
sus agitaciones convulsivas, ni aun siquiera derramarán nuestros hijos su noble y generosa sangre por sus errores y sus ilusiones, sino por los caprichos y los intereses de sus opresores: la política europea, invadiria el nuevo mundo.

¿Quién habrá tan insensato que espere que la proteccion estranjera se nos impartirá desinteresadamente y para hacernos grandes, libres è independientes? Los que en nombre de la independencia y de la nacionalidad, predican la monarquia estranjera, cometen una profanacion horrible. ¿Cómo podria concebirse que fuese independiente el pueblo que renunciando á sus instituciones fuera á pedir á la Europa un príncipe que lo gobernara? Ese príncipe vendria con su ejèrcito, su corte y sus favoritos, y solo por añadir el sarcasmo á la opresion, pudiera decirse que la independencia se afianzaba sometièndonos á un rey, á mandarines y á soldados estranjeros. El paso del Oceano no haria olvidar á esos hombres, su patria, sus intereses y sus familias: los dominadores no bajarian hasta los dominados. Una línea profunda nos volveria á separar; y si la conquista no logró que los hijos de la nueva raza se confundiesen con sus padres mismos, si nada pudo reunir al criollo y al español, el odio y la enemistad serian eternos entre nosotros y esos estranjeros. El poder de la Europa solo podria sostenerlos; y ellos en esto, menos viles que nosotros, trabajarian por su patria, por el interes de sus hijos. Con un vano aparato de nacionalidad, las cortes de Europa gobernarian al rey de México, y México seria lo que á la política y á los intereses de las monarquìas europeas conviniese, sin contar para nada con nuestra conveniencia ni voluntad. Nos harian matar en las guerras que á ellos les conviniesen, nos estorbarian todas las alianzas que no cuadraran á su interes, nos prohibirian la industria que pudiese perjudicar á la suya, nos obligarian á hacer el comercio de la manera que les fuese mas útil, cuidarian celosamente de que no se relajaran los vìnculos de la dependencia, y adueñados de Mèxico, minarian el espìritu republicano en el Sur y Norte del continente. ¡Maldicion y oprobio para los autores de tan infame proyecto! Cuantos son dignos del nombre de mexicanos, centralistas y federalistas, exaltados, moderados y conservadores, todos quieren que Mèxico sea lo que fuere, *quede siempre independiente de toda influencia estranjera*. Antes que todo son *mexicanos*.

Estas consecuencias no son las visiones de una imaginacion delirante, son las consecuencias perceptibles, lógicas, inevitables del proyecto que meditado largos años hace è indicado en estos últimos meses, se ostenta y se debate con una audacia que indica bien que están ya reunidos los elementos que se deseaban, que ha sonado la hora en que se decida de la suerte de Mèxico. Una vez proscripta la república, y llamado un estranjero para ceñir la corona ensangrentada que descansa sobre el sepulcro del padre de la independencia, quedará perdido cuanto consiguièramos en treinta y cinco años de luchas y de desastres. ¿Quièn puede comprender tanto dolor, ni medir tan horrenda afrenta? Una vez demostradas cuales son las únicas condiciones, bajo que puede triunfar la maquinacion borbonista; simplemente espuestos los resultados, no debe discutirse si ellos son buenos ó malos. La conciencia del gènero humano se levanta contra esta discusion. Se trata de un hecho: *de ser ó no ser*. Si los mexicanos no somos inferiores á los Beduinos que en el desierto pelean por la independencia; si no somos indignos y degenerados succesores de aquellos que murieron esforzadamente luchando contra el poder estranjero; si no queremos ser el objeto del desprecio y de la maldicion del mundo; si no queremos que nuestros hijos maldigan á los que no pudieron legarles mas que un poder estranjero, debemos resistir *todos unidos* el nefario proyecto de que se trata. Debemos SALVAR Y CONSOLIDAR LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS. *Libertas et anima nostra in dubio est.*



[redacted]


STAPLE-SET BINDER
Gray Pressboard

